

V

Textos

LENGUA Y LITERATURA HOY

Kostas Asimacópulos¹

Las perspectivas de los desarrollos que se hacen visibles en el horizonte de nuestra vida sobre el futuro de la lengua, no solamente de la lengua griega sino de toda lengua, es decir, en general de la comunicación oral entre los hombres, me imponen situar mi tema en el marco que estas perspectivas determinan. Es decir, no se me otorga la comodidad para tratar como estudioso de otro tiempo la seductora relación entre literatura y lengua, y más todavía la multiplicidad de las formas que tomó ella en la dilatada trayectoria de nuestra literatura, porque este coloquio, este estudio constituye ya un lujo sin base, si no tomáramos conciencia oportuna del peligro que corre en la actualidad nuestra lengua, toda lengua, en cuanto a su misma existencia.

He aquí la verdad cruda, como se plantea de antemano con elementos fundamentados o discutibles: los desarrollos científico-tecnológicos acometen tanto en el ámbito de la comunicación como el de la informática, con un empleo tan avasallador que ya está amenazada la vida misma de esta dicha, de esta fuerza, de este desahogo, que es en el hombre la lengua. Y bajo la sombra de esta amenaza, las condiciones de las relaciones entre literatura y lengua se tornan diferentes, se invierten. No es ya la lengua la que otorga la sustanciosa vitalidad a la literatura, la madre que amamanta a su pequeño, sino la literatura la que es llamada, con su abundancia, a salvar la lengua de la indigencia que le impondrán -y comenzaron ya a imponerle- los desarrollos tecnológicos, y para conservar así el don del contacto humano que entrega la lengua. Desde este prisma, entonces, veremos ahora el tema "literatura y lengua". Y lo tomaremos sinópticamente, desde el principio. Así como ha sido formulado: "En el principio era el logos".

¹ K. Asimakópulos es un escritor, conferencista y dramaturgo residente en Atenas. Su trabajo ha tenido proyecciones dentro de Grecia y en el exterior, con participaciones diversas en Turquía, Yugoslavia, Bulgaria, Italia, España y otros. Algunas de sus obras se han llevado a la filmación. Nuestro Centro de Estudios Griegos cuenta con algunos de sus escritos y colaboraciones. La traducción de este artículo corresponde al profesor Roberto Quiroz P.

No se ha comprobado aún -y en caso de que se saque alguna conclusión, no es ella segura- si los animales se comunican y dialogan entre ellos a través de sonidos articulados. Pero aunque en determinados casos suceda esto, es decir, si algunas especies de animales logran expresar lo que experimentan y captan, la aptitud de ellos para la comunicación y el diálogo ciertamente deberá ser muy pequeña y limitarse a las necesidades elementales de convivencia y sobrevivencia entre ellos. De otro modo, cualquier forma de esas lenguas animales habría traído algunos resultados que serían perceptibles a nuestra concepción, y habrían constituido ya algunos elementos de su cultura. Así pues, de todos los seres de nuestro planeta, solamente el hombre posee la posibilidad para manifestarse plenamente, para expresarse con claridad y para las recibir las señales de vida que se le envían a través de las palabras de otros seres semejantes a él. Este privilegio de la expresión, de la comunicación y de la información, en una palabra, la lengua que habla el hombre, es la excepcional bendición y benevolencia de Dios hacia él; o para cuantos no tienen fe en Dios, es el más elevado don de la naturaleza para el hombre. Además con su lengua, con la lengua que recibe cada hombre de sus genitores, ya desde sus mantillas, llega a poder vivir en el mundo. Puesto que puede no sólo expresarse y pedir lo que necesita; puesto que no sólo puede eso, sino también llegar a ser más capaz con los conocimientos que recibe y hasta devenir un poco Dios, ya que con la lengua se vence la soledad innata en todas las criaturas, ese infortunio del alma que es una cotidiana forma de muerte lenta.

El hombre a través de la lengua que expresa las dimensiones de su pensamiento en altura, profundidad y amplitud; asimismo por su lengua que es una consecuencia de su actividad intelectual (pero también el intelecto el resultado de su lengua que lo enriquece con nociones), adquirió autoconocimiento y conciencia de su proximidad con el Dios demiúrgico.

"Y entonces supe que en mí te tengo conocido", proclama Simeón el Nuevo Teólogo en los *Agradecimientos a Dios*, entendiendo que posee a Dios dentro de sí con el conocimiento de las palabras.

Brevemente destacamos que la lengua, causa y resultado de la expresividad del hombre, es el elemento soberano de su entidad, equivalente e igualmente necesario como su respiración y el ritmo de su corazón. Y esto lo confirmamos en el caso de los mudos que, aunque viven respirando y tienen su pulso normal, no renuncian a la tendencia a tratar de conseguir mayor comunicación con otros hombres, sino por el contrario han llevado adelante la conversación a través de gestos y señales, enfrentando temas profundos y complejos. Ellos, los mudos, con la perseverancia y con el esfuerzo a menudo

angustioso por comunicarse, nos demuestran muy claramente que la lengua, primero con las formas de la voz y con la especial vibración que adquiere en cada individuo, y después con el uso de las palabras, es el elemento principal de su identidad.

La lengua, aunque posee una configuración espiritual, es la materia del alma del hombre. Es el alma del hombre. La literatura vino a señalar esta verdad y a hacerla un bien vital, y más especialmente aquí, en este país, país muy antiguo de la riqueza de pensamiento y de expresividad. Ahora y siempre, precisamente esta riqueza expresiva y léxica de la lengua entrega la posibilidad de una gran polimorfía en los textos, como es que se necesita para que llegue a ser percibida la multiplicidad del alma humana y la singular idiosincrasia de cada ser. Así, la lengua de Kalvos es Kalvos: la sobriedad y sensatez de su vida. La lengua de Papadiamandis es Papadiamandis: su piedad, su apego a la tradición ortodoxa. La lengua de Kavafis, epigramática, condensada, es Kavafis: la destilación de su pensamiento, de las vivencias espirituales de la historia; la condensación que posee su ironía. La lengua de Kóndoglu, lengua de los mitos, es Kóndoglu, que pasó por nuestra época como una reencarnación de vívidos mitos de otros tiempos. La lengua de Mirivilis, sustanciosa, polícroma, es Mirivilis, vital y nacionalmente comprometido como alcanzamos a conocerla. Los ejemplos son muchos, como para no terminar si acaso nos refiriéramos a Solomós, Palamás, Sikelianós, Mavilis, Papatzonis, y a otros incontables escritores, en los cuales las diferencias de la rica lengua griega, que se encuentran documentadas en el estilo particular de sus escritos, demuestran las diferencias específicas de sus almas. Y tenemos también los ejemplos palpables de escritores que surgen actualmente a nuestro alrededor y en los cuales la lengua rústica, seca, la vulgaridad del estilo en sus textos atestiguan igualmente la vulgaridad de sus personalidades, la ausencia de ideales y de convicciones en lo que escriben. Signos ellos, asimismo, de los tiempos.

En dos palabras: la literatura, que señala y revela la multiplicidad del alma, comienza esta señalización y revelación primeramente por los propios escritores y desde ellos avanza hasta sus héroes. Y desde las diferencias de expresión que se manifiesta en los creadores surge también su especificidad humana, se perfila su individualidad. La literatura, dentro de la sociedad en la cual se da, se pone como objetivo la individualidad de los hombres, porque los toma como hombres, como seres animados. Persigue la existencia y proyección de sus individualidades, lo que significa al mismo tiempo que niega la masiva nivelación psíquica.

Para la literatura, el hombre no es una partícula de una masa, partícula de una partícula o un número. Es una entidad, un ente de alma y de pensamiento, incluso hasta cuando es socialmente insignificante. Respeta y considera también a los humildes y los despreciados de la vida. Y precisamente esta actitud suya frente a la entidad hombre, actitud que parte de las posibilidades de la multiplicidad expresiva, constituye su gran utilidad social y su posterior valoración filosófica.

Todo esto hasta ahora. Porque actualmente nuevos demonios se introducen en nuestra vida, demonios que destierran la lengua, este medio de la expresión humana y del contacto psíquico, y la reemplazan con los inanimados productos del desarrollo tecnológico. Estamos ya en la época de la quinta generación de los computadores y de los niños de probeta que son producidos por los bancos y los congeladores de espermios, sin el aporte del amor; no como una aproximación a una dignificación divina como lo es en su forma perfecta, sino que ni siquiera como un contacto de los cuerpos, masculino y femenino. Es decir, estamos en la época en que la investigación científica trajo como resultado el que el hombre sea reemplazado en su aproximación divina a lo creativo, a la creación, y además, de que con las posibilidades que se abren para la ciencia de la biología y de escritura de los computadores, de que se prevea como una "pesadilla" la presencia futura del hombre y desalentador el uso de su lengua. Los agoreros prevén épocas de "sequía humana", de infierno psíquico, porque la lengua de los hombres, dentro de la complejidad de las sociedades y la explosión demográfica de nuestro planeta, es continuamente desterrada, para que se cubran las necesidades de la lengua fría, impersonal, de las máquinas, de los computadores. Y esta lengua no conoce singularidades; no acepta entidades humanas; es siempre apresurada; habla sinópticamente, con números, con iniciales, con símbolos y con códigos. No es una lengua humana; es inhumana; mata, hace desaparecer al hombre, lo cuenta como una partícula material. ¿Queremos una mínima imagen de la lengua? Detengámonos bajo el cuadro de las partidas y las llegadas en un aeródromo internacional y miremos las lucecitas que se encienden y apagan. Con iniciales y números determinan viajes de personas; viajes que son expectativas y sueños de vida para algunas almas; viajes que son tristezas y encuentros con otras almas queridas. ¿Qué calidez entregan esas iniciales, esos códigos y símbolos a los ojos de las almas que los leen? Y dejemos el cuadro de un aeropuerto y vamos mentalmente a una pieza en la que un niño de diez años juega ajedrez, teniendo un computador como compañero de juego para compartir la diversión. Dialoga con él en forma muda; no hace uso de su lengua; la vuelve inactiva; la pone en

desuso (la inactividad de un órgano trae anquilosamiento). Y si esta imagen del niño con el ajedrez electrónico no nos atemoriza acerca de lo que sobreviene a nuestro destino, entonces informémonos sobre todo lo que ya escriben e informan los computadores. Las más complejas rearticulaciones de las sociedades, de los pueblos, de los estados agrupados -de los bloques, como decimos-, con precisiones, con detalles y también con inconfesables secretos, es decir, todo cuanto escritores de nuestro siglo, profetas contemporáneos, el checo Kavel Schapek, el polaco Viskevits, James Joyce, George Orwell y también Eugenio Ionesco, señalaron en sus alegorías novelísticas y teatrales.

Estas máquinas destierran de la múltiple informática la escritura de los hombres, empobreciendo en expresiones sus lenguas, empobreciéndolas forzosamente, porque el objetivo de ellas es su producción para el consumo y no la calidad del producto, y así anulan las singularidades de los individuos, ignoran la personalidad de cada hombre. Es decir, aunque no hayamos tomado conciencia de ello, todos nosotros, avanzamos vertiginosamente hacia una caída cualitativa de las lenguas, con una obligada limitación de ellas: a un empobrecimiento lingüístico que sólo apunta a una satisfacción de las necesidades vitales para grandes masas y no en absoluto al regocijo del alma, al consuelo, al deleite interior del hombre. Tenemos ya experiencia de este empobrecimiento sobreviniente por tantas otras creaciones del hombre que han llegado a la jurisdicción productora de máquinas. Ahora ya cuando los productos de la producción industrial inundan los mercados y solamente se les reconoce su utilidad material, mas no igualmente el valor del alma que los creó con fervor y adoración por la belleza, otorgamos valor a la obra elaborada a mano. Buscamos y pagamos caro esta obra hecha a mano, ya que sentimos que tiene vida, de la vida de una persona, vida que nuestra vida necesita para embellecerse, para tener substancia de sentimientos y no marchitarse, y para no secarse entre el viento seco inanimado y los productos uniformes que tienden a aplanarnos. No es la nostalgia de lo antiguo lo que nos impulsa a la adquisición de lo hecho a mano -el hombre mira hacia delante, no hacia atrás-. Es la necesidad inefable e inconsciente de comunicarnos con un ser, un ser con alma, que crea algo: y es la necesidad íntima de requerir belleza y calidez humana en nuestra vida.

Volvemos al tema "literatura y lengua". En esta crisis visible de cada lengua, que les traerán los computadores con la imposición de la limitación, del cercenamiento de las palabras: con empobrecimiento expresivo: con símbolos aritméticos, que nos llevarán quizás a situaciones tipo Orwell y Kafka, a una aridez psíquica y a una sequedad de relaciones humanas. ¿Qué esperanza tenemos de seguir siendo seres con identidad propia, personas que

convivimos con personas -con el carácter sagrado que posee el concepto de Hombre-? ¿Cuál esperanza y qué medio? Cada pueblo tiene su lengua, la fuerza de su lengua. El poder de la lengua polimórfica, plena de sustancia, capaz -porque es lengua de almas y para almas- de resistir a la embestida homicida del lenguaje de los computadores. Esta es la fuerza que la literatura manifiesta en toda su amplitud. A la indigencia y a la tortuosa deformación de las palabras que comienzan a imponer los desarrollos tecnológicos para servir las necesidades masivas; indigencia y deformación que equivalen al marasmo del hombre, la literatura puede oponer el vigor de su riqueza expresiva y de su savia dar savia a la lengua de los hombres. Ahora como nunca, se impone el deber de aparecer riquísima en sus palabras, porque cualquier victoria suya no será sólo victoria suya, sino también será del hombre. Ahora no se permite pobreza de texto, improvisación, baja calidad, sino que se impone que haya abundancia de estilo; que a través de las particularidades del idiolecto se distingan también las otras singularidades que hacen al hombre, a cada hombre, una entidad distinta. Esto con sus propias maneras nos los señalan desde nuestra literatura moderna Makriyanis, Solomós, Kalvos, Papadiamandis, Palamás, Kavafis, Sikelianós, Mirivilis, Eva Vlami, para mencionar autores más cercanos. Retorno al estilo, a la múltiple originalidad de la lengua. El único camino para la liberación del hombre de la desolación del marasmo que acarrea el empobrecimiento de la lengua, es la misma lengua con toda su fertilidad primaveral, que florece en la literatura valiosa y buena.